4681

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

El final de Don Álvaro

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS

basado en la obra célebre del Duque de Rivas

MÚSICA DEL MAESTRO

CONRADO DEL CAMPO

Copyright, by Carlos Fernández Shaw, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

9

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elfinaldedonalva1749camp

Al insigne Curado del Campo, por quien triunfó esta obra.
Con un abrazo fraternal.
Carlos Soler Shaw

EL FINAL DE DON ALVARO

— 29.3.911. —

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

EL FINAL DE DON ÁLVARO

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS

basado en la obra célebre del Duque de Rivas

MÚSICA DEL MAESTRO

CONRADO DEL CAMPO

TEATRO REAL.—4 MARZO 1911

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

Á la insigne memoria del gran

Duque de Rivas,

autor del drama Don Alvaro ó la fuerza del sino.

Eternamente perdure.

REPARTO

PERSONAJES			ARTISTAS
DOÑA LEONOR DE VARGAS (Soprano dramática).....			SRTA. ORTEGA VILLAR.
DON ÁLVARO, el Padre Rafael (Tenor).....			SR. FAMADAS.
DON ALFONSO DE VARGAS (Barítono).....			CHALLIS.
EL PADRE GUARDIÁN DEL CONVENTO DE LOS ÁNGELES (Bajo).....			MASINI PIERALLI.
CURRA.....	Cabreras.	(Soprano)..	SRA. GRAZIOLLI.
NIEVES.....		(Soprano)..	BAREA.
FUENSANTA.		(Contralto).	MELERO.
UN GAÑÁN (Tenor).....			SR. ALGOS.

Padres franciscanos. Trilladores y otras gentes del campo

La acción en las inmediaciones de la villa de Hornachuelos (Córdoba) á mediados del siglo XVIII

Derecha é izquierda, las del artista

ACTO PRIMERO

Celda de un padre franciscano, en el conveuto de los Angeles.

A la izquierda, una tarima con una estera; un vasar, con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados.

Al fondo, una ventana—con sus hojas de madera cerradas—por cuyos resquicios pasa luz del día.

A la derecha de la ventana una especie de oratorio pobre, en el que lucen dos lámparas, que alumbran la escena.

Puerta de entrada á la celda, en la pared de la derecha.

En el muro de la izquierda, y en su parte alta, una gran claraboya, que aparecerá cerrada por un solo y recio redondel de madera. Puede ser abierta por medio de un grueso cordón, que del redondel pende.

ESCENA PRIMERA

El PADRE GUARDIAN y DON ALVARO (el Padre Rafael.) CORO de religiosos y VOZ de un gañán.—Al levantarse el telón estarán sentados, en sendos sillones; dou Alvaro, meditabundo y abatido; el Padre Guardián, mirando á don Alvaro compasivamente

—

(Coro de religiosos, dentro, hacia la derecha.)

Don Alvaro. Me dejad.
P. Guardián. Nunca, nunca.
Don Alvaro. ¡Por el Cielo!
Tornad con mis hermanos, que en el coro
sus oraciones rezan, en sus horas.

611738

P. Guardián. También es grato al Cielo quien se afana
por consolar al prójimo. Terrible
trance, fatal, sufrís...

Don Alvaro. ¡Ay, Padre mío!
Me devora la fiebre, y es la fiebre
del alma en la tortura...
(Va á levantarse.)

P. Guardián. (Deteniéndole.) ¡Sosegäos!

Don Alvaro. Las visiones medrosas me atormentan;
me siguen, me persiguen, me enloquecen.
Tan sólo vos, en este mi refugio,
donde la muerte me redima, al cabo,
de tanto padecer, sabéis mi historia.
¡Vos, Padre Guardïán!... ¿Y á quién dijera,
sino á vos, mis angustias?...

P. Guardián. Dulcemente,
por gracia del Señor, veréis un día
cuál se calman al fin.

Don Alvaro. ¡Pronto, Dios mío!

P. Guardián. Los rezos ya se extinguen.

Don Alvaro. Ya los Padres
el coro dejarán. Y, por el claustro,
volverán para el huerto, y en el huerto
la luz del sol alegrará sus almas;
mientras yo me devoro, condenado
á perenne penumbra...

P. Guardián. Si un momento
la ventana os abriera...

Don Alvaro. (Levantándose.) ¡No!

P. Guardián. ¡Qué extraña,
fatal indecisión!

Don Alvaro. ¡No! Con los rayos
del Sol, (¡ah, Padre Sol!) se me figura
que las visiones, que me cercan, vëo
salpicadas de sangre.

P. Guardián. Vos tan sólo
las evocáis, las sugerís. ¡Calmäos!

Don Alvaro. (Como pintando todas y cada una de las escenas.)
Ya, miro á mi Leonor, cuando en el templo
la conocí. ¡Cuán bella! ¡Cuán radiante!
Ya, el cuadro pavoroso de la muerte
de su padre infeliz. El arma fiera
despedí, con temor á que mi furia
contra el noble marqués la disparase,

y al golpe, el tiro, con perversa bala,
contra el marqués partió. Y á poco vëo
la lucha, bajo sombras de la noche,
y en aquel olivar...

P. Guardián. ¡Calma!

Don Alvaro. Revivo
la escena toda. Mi Leonor, por tierra...
Yo, casi muerto... Sin sentido, al punto.
¡Y ay, mi Leonor! ¡Perdida para siempre!

—

Y mi Calvario, con zozobras tantas,
en lueñes tierras.

P. Guardián. ¡Por piedad!

Don Alvaro. (Exaltándose por momentos.) Y luego,
los campos miro de la grande Italia;
donde busqué á la muerte, que me diera
consuelo, al fin, en lucha memorable.
Y allí don Carlos, que á mis ojos surge
como espectro del odio, vengativo.
Y de nuevo mis manos, ¡oh, mis manos!,
tintas en sangre de los Vargas...

P. Guardián. (Con notable zozobra.) ¡Temple
sus angustias, al fin!

Don Alvaro. Y la sentencia
que á muerte, con baldón, me condenara.
Y el escapar al pavoroso trance.
Y el cumplir mi promesa, tan solemne,
de enterrar esta vida, tan odiosa,
en la paz de humildísimo convento.
Y al tenerle tan cerca, la emboscada
de aquellos foragidos, en el fondo
de olivar tan profuso... Mis heridas
tan hondas. Y el socorro providente
que me condujo aquí. Y en lentos años
¡qué perennes, qué trágicos dolores!
¡Ay, que sucumbo, que me entrego!...
(Cae postrado en el sillón.)

P. Guardián. ¡Juicio!
¡Por caridad, y aunque sufráis un punto,
dejad que el sol os mire y os conforte;
dejad que el aire para vos renueve.
(Abre, con el cordón, la alta claraboya de la izquierda. Entra en la celda como un torrente de luz.)

Don Alvaro. ¡Cuánta bondad, mi padre, mi prelado!
P. Guardián. Sentid cuál llega, bienhechor, el aire.
Cobrad, en nueva luz, ánimos nuevos.
Voz (De un gañán, que llega por la izquierda un tanto lejana.)

«Sobre las eras corro
por la mi yegua bruna;
sobre las rubias ondas
de las espigas rubias.
¡Hála, mi yegua dócil!
¡Que las espigas crujan!»

—

«Con grande gozo trillo,
bajo la luz del sol.
¡Y en tanto que bendigo
por tanto bien á Dios!
¡Hála, mi yegua dócil!
¡Trillemos bien los dos!
¡Sobre las rubias ondas!
¡Bajo la luz del sol!»

—

P. Guardián. En las eras vecinas,
el canto suena de la alegre trilla.
Don Alvaro. Canto de trilla alegre,
sensaciones del mundo me devuelves.
Las visiones se borran,
con este sol, del que temí sin tino.
Mis ánimos recobran
gracias á vos, mi Padre, nuevos bríos.
Voz (De nuevo.)

¡Halá, mi yegua dócil!
¡Trillemos bien los dos!
¡Sobre las rubias ondas!
¡Bajo la luz del sol!

P. Guardián. ¡Ah, la canción alegre de la trilla!
Don Alvaro. (¡Ah, mi sol! ¡Ah, mi vida!)
Ya mis angustias ceden.
Ya me dejad. Os llaman
imperiosos deberes.
P. Guardián. Tornaré.
Don Alvaro. ¡Dios me valga!
P. Guardián. ¡Valor!
Don Alvaro. ¡Sí! ¡Dios le premie!
(El Padre Guardián hace mutis por la derecha.)

ESCENA II

DON ALVARO

Don Alvaro. (Colocándose en plena luz.)
Mírame sol, mi padre.
Me coronen tus luces,
donde nadie me mira,
con triunfal esplendor.
¡Bajo mis toscos hábitos,
vive un hijo del Sol!

—

Reconóceme, luego.
Contémplame. Soy yo.
Rama de grande estirpe,
que tuvo, por tu gracia,
magnífico esplendor.
¡Mírame, padre mío!
¡Bésame, padre Sol!

—

Emperatriz de los Incas
pudo ser mi egregia madre.
Fué Virrey, de tierras hartas,
en tierras de luz, mi padre.
¿Me reconoces ya?
¡Vísteme, padre mío,
de tu esplendor triunfal!

—

Los mil Emperadores
de los ilustres Incas
descendieron de ti.
La sangre generosa
de estirpe tan ilustre
de nuevo late en mí.

—

La pérfida ambición
á mis padres cegó.

Castigo bien cruel
impúsoles su rey.
Y en vano quise yo
conseguir su perdón.
Sino bien infeliz
engendró para mí
perdurable dolor.

—

Mas, no porque la suerte
su merced nos negara,
dejó de ser mi estirpe
tan noble, tan preclara.

—

¡Ve mis angustias hondas,
en tan fiero dolor!
¡Mírame, padre mío!
¡¡Bésame, padre Sol!!

—

¡Ay, que de nuevo la ambición me ciega!
No, perverso mortal. Eres tan sólo
fruto de la traición. Y en vano, en vano,
quieres luchar contra tu sino adverso.
Te arrepiente, no más. Y sufre. ¡Y reza!

ESCENA III

DON ALVARO y DON ALFONSO

Abrese la puerta, á la derecha, y aparece don Alfonso, embozado. No bien penetra en la celda, vuélvese y cierra la puerta de nuevo.

Don Alvaro. Mas, ¿quién ha osado?
Don Alfonso. ¡Quien pudo!
Quien tuvo razones siempre
para entrar por donde quiso.
Demuestro bien que las tiene.
Don Alvaro. ¿Quién sois?
(Don Alfonso descubre su semblante.)
¡Jesús!
Don Alfonso. ¡El os valga!

Don Alvaro. ¡Santo Dios!
Don Alfonso. ¡El me protege!
Don Alvaro. ¿Don Carlos sois, que resurge?
Don Alfonso. Su hermano soy, que os sorprende.
Para arrancar á un cobarde
su máscara.
Don Alvaro. (Reportándose.) (¡Dios clemente!)
Don Alfonso. ¿Armas no tenéis? La traje
para vos.
(Se desemboza y muestra dos espadas.)
Don Alvaro. (¡Ay, que se enciende
mi sangre! Dios poderoso,
¡de tu santa mano tenme!)

—

Don Alfonso. Vino de América un día
cierto galán seductor,
fruto bastardo del Inca,
hijo de un torpe traidor.
Don Alvaro. ¡Ved cuál asilo me ampara!
¡Ved que protégeme Dios!
Don Alfonso. ¡No vuestro engaño le engaña!
¡No lograréis su favor!

—

Vino, y en plena Sevilla
lujo de reyes lució.
Vino, y en noble doncella
puso codicias de amor.
Padre la hermosa tenía.
Padre con alto blasón.
Vil el galán, por artero,
trance fatal discurrió.
Viose sin honra la bella...
Don Alvaro. No, ¡que lo juro por Dios!
Don Alfonso. ¡Viose la triste sin honra!
Muerto su padre cayó.
Don Alvaro. ¡No porque yo lo quisiera!
Don Alfonso. Pudo escapar el traidor...
Y ese traidor tan cobarde...
Don Alvaro. (Impacientándose.)
¡Basta, por Cristo!
Don Alfonso. ¡Sois vos!

—

Don Alvaro. (Tornando á la súplica.)
¡Por el cielo, reportäos!
Don Alfonso. ¿Qué fué de Leonor? ¡Decid!
Don Alvaro. Sabéis que murió en la lucha.
Don Alfonso. Sólo sé—lo sé de nuevo—
que si lo afirmais, mentís.
Don Alvaro. No miento, no. Mas, si vive,
pensad un punto. Pensad
que es posible todavía
que luzca sobre nosotros,
por ley de Dios, nueva paz.

—

Don Alfonso. (Con enojo acrecido.)
¡Miserable! Leonor
debe vivir. En Córdoba
sus penas refugió.
Bien lo sabéis. Y luego
bien sabéis, vil traidor,
en cuál nuevo retiro
refugiose por vos.
Don Alvaro. ¡No! ¡No!
Don Alfonso. La audacia pérfida
unís á la traición.
Ella os condujo á Italia,
porque allí...
Don Alvaro. (Conteniéndose, siempre á duras penas.)
(¡Justo Dios!)
Don Alfonso. Porque allí vuestra mano
manchase, nuevamente,
nuestro rico blasón.

—

¡Y allí mi hermano murió!...
Don Alvaro. ¡Con honra!
¡Y en lid de honor!
Don Alfonso. ¡Y á vuestras manos también!
Don Alvaro. Mi sino
tal lo dispuso... ¡Lo quiso Dios!
Don Alfonso. Y os busco inútilmente,
por ambos mundos,
años tras años.
Don Alvaro. ¡Porque en esta, la casa
de Dios, el cielo
me da su amparo!

—

Soy un gran penitente
que impetra caridad.

Don Alfonso. ¡Sois un vil solamente
y un traidor!

Don Alvaro. ¡Por piedad!

—

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero
rayo de muerte sea.
Tantas maldades juntas
vengue, castigue yo.
¡Tú mi brazo dirige!
¡Por mi padre, ultrajado!
¡Por Leonor, mancillada!
¡Por mi hermano, vencido!
¡Por la prez de mi honor!

Don Alvaro. Dios que nos ves: concédeme
resignación suprema.
No estallen, no, mis iras
en tumulto feroz.
¡Por mis hondas angustias!
¡Por mi fe tan contrita!
¡Por tu santa clemencia!
¡Por la santa memoria
de mi santa Leonor!

—

Don Alfonso. Dios que nos ves: mi acero...
Dios que nos ves: concédeme... } (A unis.)

—

Don Alvaro. ¡Piedad, don Alfonso!

Don Alfonso. ¡Nunca!
¡Pronto, al fin! En esos campos
mi estirpe quede extinguida,
ó vengada por mi mano.

Don Alvaro. ¿No os mueve á piedad el trance
en que me veis, insensato?

Don Alfonso. ¡Sólo juzgo, sólo veo
cuán indigno sois!...

Don Alvaro. (¡Dios santo!)
Noble fuí siempre. Mi escudo
es como el sol, limpio y claro.

Don Alfonso. ¡Limpio decís! ¿No lo anubla
algún cuartel de mulato?

—

Don Alvaro. ¡Vive Dios! ¡Mentís!
(Con frenética ira.)
Don Alfonso. (Con júbilo.) ¡Ya rompe
vuestra furia! ¡Ya es razón!
Don Alvaro. (Fuera de sí.)
¡Sí! ¡que el infierno me vence!
¡Calle también vuestra voz!
¡Nadie en el mundo me ofenda,
sin que castíguele yo!

—

(Reportándose de nuevo.)
¡Mas no, no! ¡No! ¡Dios eterno!
Don Alfonso. Pues... ¡tened! (Lo abofetea.)
Don Alvaro. (Furioso y recobrando toda su energía.)
(¡Ira de Dios!)
La espada me dad.
Don Alfonso. (Pasando á mano de don Alvaro una de las espadas.)
¡Tenedla!
Don Alvaro. ¡Y al Cielo pedid perdón!
¡Salid!
Don Alfonso. ¡Al instante!
Don Alvaro. ¡Muerto
le mira ya mi furor!
¡El infierno te confunda,
que por tus labios habló!
¡Llamas de perenne fuego
nos abrasen á los dos!
(Salen por la derecha, airadamente. Se vuelve á oir el canto de trilla.)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un trozo de la sierra, cruzado por veredas practicables. En tercer término, una altura de bastante elevación, á la que se llega desde los términos primeros y desde el fondo de la escena. A la derecha, sobre unos peñascos, una media ermita, medio gruta, con tosco portón, practicable. Sobre la puerta rústica, una campana con una cadena que puede hacerla sonar. Media la tarde. Al principio luce el sol. Obscurece luego y estalla una gran tormenta.

ESCENA PRIMERA

CURRA, NIEVES y FUENSANTA (cabreras)

Curra. (Dentro.)
Por aquí debe de andar
la *Rubia*.
Nieves. (Idem.) Con tiento vé.
Curra. Pues, seguidme. (Llamando.) ¡Ven acá!
(Aparece por la derecha.)
¡Rubiaca!
Fuensanta. (Saliendo, con Nieves, á Curra.)
¡Detente!
Curra. (Como antes.) ¡Ven!
Fuensanta. ¡Pára, te digo! (Deteniéndola.)
Nieves. ¡Calla, mastuerza! (Idem.)
Curra. ¡Con buenos modos,
que no á la juerza!

—

Si no la llamo,
¿cómo la indina,
¡cabra más cabra!
va á responder?

Fuensanta. Mas que nos burle,
de aquí no pases.

Nieves. (Señalando hacia las peñas.)
¡Esa es la ermita del padre *aquél!*

—

Curra. (A Fuensanta.)
Lo que me contabas.
(A Nieves)
Lo que me decías.
(Hacia la gruta, con cierta unción.)
Perdón, Padre nuestro,
que no lo sabía.

—

Soy moza nueva
con tal rebaño.
Y aquí discurro,
por las primeras
veces, hogaño.

Fuensanta. Pues ya lo sabes,
dende hoy en día.

Curra. (Como antes.)
Perdón, mi padre;
¡no lo sabía!

Fuensanta. En tan lóbrego recinto,
vive el viejo penitente.

Nieves. (Con misterio.)
Muy solito con sus penas,
muy medroso de la gente.

Curra. ¡A saber
su desgracia cuál sería!

Fuensanta. Sólo el Padre Superior
conversó con él un día.

Nieves. Nadie más le pudo ver.

Curra. ¡A saber
su pecado cuál sería! (Cantan á media voz.)

Fuensanta. Se sustenta
de las sobras del convento.

Nieves. Y á la cuenta,
debe estar muy macilento.
Fuensanta. Los domingos, solamente,
por las noches...
Nieves. Bien á obscuras...
Fuensanta. Se las dejan, á la entrada
de la ermita.
Nieves. Fresca fuente,
de ondas puras,
tras la ermita resguardada,
lo defiende bondadosa
de la sed.
Con un agua que rebosa,
cuando quiere, cariñosa,
dispensarle su merced.

—

Fuensanta. Si en peligro se mirase,
con el son de su campana
de sus cuitas avisase.
Curra. ¡Qué campana tan cristiana!
Fuensanta. ¡Sólo en riesgo capital!
Curra. ¡Dios le libre de que acuda,
con terror, á la señal!
Fuensanta. ¡La campana siga muda!
Curra. ¡Como agora! ¡Siempre igual!
Fuensanta. Nadie pasa por aquí
sin que baje, siempre así,
toda voz.
Nieves. La gente moza
que en domingo se alboroza,
—ve cuál bulle por allí—
si en sus jiras se aventura
por aquestos andurriales,
templa el canto.
Fuensanta. Pues se cura de los males
de este pobre, medio santo.
Curra. Sigue ya,
que me angustia no sé qué.
Fuensanta. Sube entonces por acá.
Nieves. Desde allá, (La altura.)
todo el valle bien se ve.
Fuensanta. ¡Larga tierra!
Nieves. ¡Mucho cielo! ¡Mucha sierra!

(Van subiendo hacia el fondo, y á medida que suben, van hablando con voces más fuertes.)

Curra. ¡Cuántos riscos!
Fuensanta. ¡Ven, si quieres
que disfruten bien tus ojos!
Curra. Mal andamos las mujeres
por tantísimos abrojos. (Dominan la altura.)
Nieves. ¡Ya, vocëa!
Curra. ¡Ya salimos de la hondura!
Fuensanta. ¡Bien te orëa
la brisilla, por la altura!
Curra. ¡Tú! *¡Rubiaca!* (Llamando.) ¡Pues, Señor!
¿Dónde estás?
Fuensanta. ¡Respira fuerte!
Curra. ¡Qué hermosura, tanto olor
á romero!
Nieves. ¡Pide suerte
más mejor!
Curra. ¡Bendecido y alabado
tanto sol, en tanto, sea!
Fuensanta. ¡Y este olor, tan regalado!
Nieves. ¡Y este viento, que me orëa!
Las tres. ¡Bendecida, veces mil,
la clemencia del Señor!
¡Su hermosura, tan gentil,
y su amor!

ESCENA II

Las tres CABRERAS y MOZAS y MOZOS del campo. CORO. CURRA, FUENSANTA y NIEVES quédanse en la altura, gozosas de cuanto sienten allí

Coro. (Dentro, por la izquierda.)
Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas,
¡sonad, sonad!
Cual otros tantos pájaros
que crucen por el aire,
¡volad, volad, volad!
Las Cabreras. Los mozos y las mozas
corren y corren;

llevando su alegría
de monte en monte.

—

Coro. (Dentro. Acercándose.)
Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas... etc.

—

(Salen.) Bajad la voz.
Bajad las voces.
Que el ermitaño no perciba
nuestras canciones.
(Forman parejas y cantan á media voz.)

Una Serrana. Valles de mi serranía,
dais en primavera flores,
Mozos y mozas, en tanto,
dan sus cantares de amores.

—

No me mires más así,
si no me vas á querer
como yo te quiero á ti.

Ellos. ¡Bien!
Ellas. ¡Silencio!
Ellos. ¡Sigue!
Ellas. ¡Bueno!

Una Serrana. Dicen que ha muerto el amor,
y no debe ser verdad.
O por lo menos, en mí,
debió de resucitar.

—

¡Ven conmigo, por tu bien,
por que vayas aprendiendo
la ciencia del buen querer!

Ellos. ¡Bien!
Ellas. ¡Silencio!
Todos. ¡Sigue, sigue!
¡Recobremos
tierra libre!
(Van subiendo y alzando la voz, poco á poco, lo mismo que las Cabreras antes.)

Todos. Canciones de la sierra,
serranas hermosísimas..., etc.

—

Fuensanta, Curra, Nieves y Coro.

(Todos ya en la altura.)

Canciones de la sierra, etc., etc.

—

Fuensanta, Curra y Nieves.

El valle libre nos aguarda.
¡Corred, corred!

Ellas. ¡Sigue, moreno de mis ojos!
Ellos. ¡Sigue, morena de mis ojos!
Todos. ¡Sígueme, bien!
¡Corred, corred!
¡Corred, corred!

(Desaparecen todos en alegre tropel.)

ESCENA III

DOÑA LEONOR

(Durante algunos momentos, queda la escena desierta. Por el fondo, allá á lo lejos, van perdiéndose en la distancia las voces y las risas de mozos y mozas. Aparece doña Leonor en la puerta de la gruta. Viste sayal de penitente. Lleva esparcidos los cabellos; su rostro delata profundísimos sufrimientos. Detiénese al principio, como recelosa. Va bajando luego, poco á poco, pero sin que nunca se aparte gran trecho de su refugio.)

Doña Leonor.

Ya van muy lejos. ¡Gracias, Virgen pura!
El aire me asfixiaba de la ermita;
mas ¿cómo la dejar? Es que se cierne
tormentoso nublado por los aires.
(Mirando hacia la izquierda, levantando sus ojos.)
Lo debí suponer. En tales horas
se renuevan así mis sufrimientos;
se renovaron siempre. Y en tumulto,
las memorias perversas, las visiones
de mi culpa, nefandas, resucitan,
y en espantoso vértigo me acosan.
Padre y hermanos: ¡compasión! ¡Dios mío!
¡piedad, piedad, piedad! ¡Virgen clemente!

¡piedad suprema para mí!
(Retrocede, como huyendo de una visión pavorosa.)
¡Don Alvaro!
¡No! ¡No! ¡Mi Virgen! ¡Me defiende! ¡Sálvame!
(Recobra sus ánimos lentamente, y va diciendo con suprema unción.)

—

(Plegaria.)
«En este rincón de la sierra,
de nuevo cuitada me ve.
¡Mi Virgen! ¡Mi Virgen Santísima!
¡Tus gracias amparen mi fe!

—

»Me ve, mi maldad castigando;
me ve, sin consuelo de amor.
Yo misma las penas impúseme
que acrecen mi fiero dolor.

—

»Yo misma, y en tales martirios
no juzgo bastante mi mal.
Pequé, Virgen pura. ¡Y en ráfagas
ardí de pasión infernal!

—

»Por eso, Tú sola, pues eres
la suma pureza del Bien,
pudieras al cabo, solícita,
prestarme seguro sostén.

—

»¡Mi Virgen! ¡Radiante lucero!
¡Radiante, purísima flor!
¡Perdona mis culpas, magnánima!
¡Me salve, mi Virgen, tu amor!»

—

(Ha caído de hinojos. Queda unos momentos como abstraída en honda meditación. Mira luego hacia el espacio, é incorpórase rápidamente. Suena un trueno lejano.)
Mas, ¿qué miro? Las nubes tormentosas

cundiendo van. Relámpagos las cruzan,
y á sus fulgores, por aquellos riscos
dos hombres llegan hacia aquí.
(Mirando siempre hacia la izquierda.)
¡Dios santo!
¡Relucen las espadas en sus diestras!
¡Ah, qué visión horrible! ¡Me recoge,
mi gruta, presto!
(Sube apresuradamente.)
¡Presto! ¡Reportaos,
abortos infernales! ¡No me escuchan!
¡Corren sin ver, sin escuchar! ¡Dios mío!
(Entra en la gruta cerrando el portón tras sí.)

ESCENA IV

DON ALVARO y DON ALFONSO

(Va oscureciendo lentamente. Aumentan, poco á poco, los relámpagos y los truenos. Por la izquierda, aparecen don Alvaro y don Alfonso, espada en mano, coléricos, terribles.)

Don Alfonso. No pasemos de aquí.
Don Alvaro. No, no sigamos
corriendo más. En estas soledades
crucemos ya, sin tregua, las espadas.
Don Alfonso. Oye cuál ruge con furor el cielo,
contra ti.
Don Alvaro. ¡Contra ti! ¡Pronto!
Don Alfonso. ¡Bien pronto!
Mas no sin que me escuches grandes nue-
[vas,
que debes conocer. Así, los planes
que en negras horas concebí, torturas
fieras te aprestarán.
Don Alvaro. ¡Habla!
Don Alfonso. Sin pena.
Rama del árbol de los viejos Incas
tu madre fué; vencida, desgajada.
Virrey tu padre, y en dominios hartos,
infiel para sus reyes. Guerra cruda
llenó mi España de terribles duelos,

y en tal angustia de su patria quiso
tu padre vil, con ambición funesta,
trocar su virreinato—por los Incas
protegido también—en reino suyo.

Don Alvaro. ¡Basta!

Don Alfonso. Fallaron sus traidores planes,
y á los montes huyó, de bosques densos.
Allí, con su taimada compañera,
prisionero cayó...

Don Alvaro. ¡¡Basta!!

Don Alfonso. Y en cárcel
de Lima, al cabo, conociste el mundo.
Por merced singular del Rey clemente,
no murieron tus padres bajo el filo
de justicieras hachas; pero en honda
prisión perenne sollozaron juntos,
mientras tú procurabas, siempre en vano,
su perdón...

Don Alvaro. ¡Impaciéntase mi espada!

Don Alfonso. Pues, oye al fin: el Rey, que en Dios se [inspira,
ya dictó la merced con que soñaste.

Don Alvaro. (Con súbito gozo.)
¿Qué dijiste?

Don Alfonso. Y en todos sus honores,
con todas sus magníficas riquezas,
ya tus padres se ven, al fin repuestos.
E indagan por el mundo cuál retiro
te pudo recoger.

Don Alvaro. ¡Ah! ¡Don Alfonso!
¡Ya veis lo ilustre de mi sangre!

Don Alfonso. ¡Veo
tan sólo tu maldad!

Don Alvaro. ¡Si vive acaso
la misera Leonor!...

Don Alfonso. ¡Calla!

Don Alvaro. ¡Si vive!...

Don Alfonso. El amor, las riquezas, los honores,
ya no son para ti. Votos solemnes
á tu celda te ligan. Para el mundo
tan solo fueras el infiel soldado
que allá en Italia desertó. ¿Comprendes?
¡La gloria te mostré, para que en sombras
del averno fatal rodases luego!

Mátame ya, si triunfas. ¡En el alma
llevas también la muerte!

Don Alvaro. (Fuera de sí.) ¡Pronto! ¡Pronto!
¡Mi espada sienta palpitar la tuya,
y al fin tu infame corazón!...

Don Alfonso. ¡Agora
no me duele morir!

Don Alvaro. ¡Riñamos!

Don Alfonso. ¡Sea!

(Ha ido oscureciendo más y más. Ya son frecuentes, y más vivos cada vez, los relámpagos y los truenos. Luchan don Alvaro y don Alfonso, al resplandor de las centellas. Don Alfonso cae mortalmente herido.)

ESCENA ULTIMA

DON ALVARO, DON ALFONSO, DOÑA LEONOR. Luego el PADRE GUARDIAN y otros FRAILES FRANCISCANOS

Don Alfonso. ¡Jesús!

Don Alvaro. (Soltando la espada.)
¡Jesús!

Don Alfonso. De nuevo nos venciste.

Don Alvaro. (Horrorizado de sí mismo.)
¡Nuevamente maté! ¡Cielos! Vacila
más y más mi razón. ¡Virgen clemente!

Don Alfonso. (Luchando con la muerte.)
Confesión, por piedad. Pues sois ministro
del Señor.

Don Alvaro. ¡Oh, no! ¡No! ¡Que soy tan sólo,
un miserable réprobo!

Don Alfonso. ¡Salvadme!
¡Pedid favor!

Don Alvaro. (Llamando.) ¡Favor!
(A don Alfonso.) Quizás un santo,
mísero penitente, que en aquestos
breñales vive... Pero, no; que nadie
debe llegar á su retiro.

Don Alfonso. ¡Rompa
su soledad por mí!

Don Alvaro. (Decidiéndose.) ¡Sí! Pues al cabo

ya quebrantó mi furia todo freno,
todo santo deber.

Don Alfonso. (Con suprema angustia.)
¡Sí!

Don Alvaro. (Hacia la ermita.) ¡Padre! ¡Padre!
¡Venid, por caridad!

Doña Leonor. (Dentro.) ¿Quién es osado
á pisar esas lindes? ¡Retroceda!
¡Mi refugio respete!

Don Alvaro. ¡Por el alma
de un moribundo, lo dejad!

Don Alfonso. (Espirando.) Ya muero...

Doña Leonor. (Dentro y haciendo sonar la campana.)
¡Favor! ¡A mí! ¡Favor!
(Suenan, á lo lejos, las campanas del convento.)
¡Huye, quien seas;
temerario procaz!
(Viéndolo.) ¡Cielos!

Don Alvaro. (Yendo hacia ella) ¡Dios mío!
¡Una mujer! ¡¡Leonor!!

Doña Leonor. ¡Tú! ¡Desdichado!

Don Alvaro. (Enloqueciendo.)
¡Deliro ya! ¡Deliro!

Doña Leonor. ¡Tú! ¿Y en lucha
fiera...? ¿Con quién?
(Va hacia el cadáver de don Alfonso y reconoce á su hermano.)
¡Alfonso! ¡Muerto!

Don Alvaro. ¡Muerto!

Doña Leonor. ¿Resurges, ante mí, para que mire
tus crímenes de nuevo?

Don Alvaro. (Con suprema angustia.) ¡Calla! ¡Calla!
¡Y en tal agreste soledad vivía!
¡De mí tan cerca!

Doña Leonor. ¡Santo Dios!

Don Alvaro. (Acentuando su delirio.) ¡Deliro!
¡¡Deliro ya!!

Doña Leonor. ¡Defiéndeme, Dios santo!
(A don Alvaro.)
¡No te acerques á mí!

Don Alvaro. (Con súbita resolución) ¡Ya me castigue!
(La tempestad arrecia. Oyese á lo lejos el canto de la Comunidad que acude: el Miserere. Don Alvaro huye hacia el fondo, hacia la altura Doña Leonor,

aterrada, permanece en primer término, implorando el favor Divino.)

Doña Leonor. Las gracias todas del Señor: ¡valedme!

P. Guardián. (Entrando con los Frailes, que le acompañan, por la izquierda y viendo el cadáver de don Alfonso.)
¡Mirad! ¡Oh Dios! ¡El noble caballero
muerto yace!

Coro. (Unos á otros.) ¡Mirad!

P. Guardián. (Viendo á doña Leonor.) ¡La penitente!

Doña Leonor. ¡Favor, Padre! ¡Favor!

Don Alvaro. (Ya en la altura.) ¡¡Tronad, las nubes!!

Coro. (Con asombro.)
¡Una infelice penitente!

Doña Leonor. ¡Pronto!

P. Guardián. (Viendo á don Alvaro, que aparece terrible, poseído por espantosa locura.)
¡Padre! ¡Por Dios!

Don Alvaro. ¡Atrás! ¡Busca, insensato,
al padre Rafael! ¡Soy el engendro
más vil de Satanás!

Doña Leonor, P. Guardián y Coro. ¡Jesús!

Don Alvaro. ¡Abismos
del reino de Luzbel, abrid las fauces,
y en ellas caiga! ¡Rásguense los cielos!
¡Quebrántense los montes! ¡¡Exterminio!!
¡¡Destrucción!!
(Precipítase desde lo alto de la montaña.)

Doña Leonor. (Con un grito de espanto.)
¡¡Ah!! ¡Las peñas lo desgarran!
¡Piedad, piedad, mi Virgen! ¡Para todos!

Doña Leonor, P. Guardián y Coro.
¡¡Misericordia!! ¡¡Oh Dios!! ¡¡Misericordia!!
(Cuadro. Relámpago vivísimo que inunda la escena, hasta que cae el telón por completo, de un resplandor infernal.)

TELÓN

Obras de Carlos Fernández Shaw

POESÍA

Poesías, 1883.
El defensor de Gerona, leyenda, 1884.
Poemas de François Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.
Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.
Poesía del Mar, 1910.
Poesía del Cielo. (En preparación.)

La vida loca, (libro galardonado por S. M. el Rey, con el «Premio Fastenrath», á propuesta de la Real Academia Española), 1909.
El poema de «Caracol». (En «El Cuento Semanal»), 1910.
Cancionero infantil, 1910.
El amor y mis amores. Poemas ingénuos, 1910.
Canciones de Noche-Buena; de muchos peregrinos ingenios; seleccionadas, reunidas y ordenadas. 1910-1911.
La Patria grande, 1911.

PARA PUBLICAR

Poemas del Pinar
El Canto que pasa.

TEATRO

Poema dramático en tres cantos:

La tragedia del beso.

Leyenda lírica en tres actos:

Margarita la Tornera.

Drama en cuatro actos:

Severo Torelli.

Comedias:

La Regencia, en cuatro actos; *Las figuras del «Quijote»*, en dos; *El hombre feliz*, en uno.

Dramas líricos en dos actos:

Colomba y *El final de Don Alvaro.*

Zarzuelas en tres actos:

La llama errante, *Los hijos del batallón*, *Don Lucas del Cigarral* y *La canción del náufrago.*

Comedias líricas:

La venta de Don Quijote, *El Certamen de Cremona* y *La Maja de rumbo.*

Sainetes:

Las bravías, *La revoltosa*, *Las castañeras picadas*, *Los buenos mozos*, *¡Viva Córdoba!*, *Los pícaros celos*, *El maldito dinero* y *No somos nadie.*

Zarzuelas en un acto:

El cortejo de la Irene, *La chavala*, *El gatito negro*, *Polvorilla*, *La buena ventura*, *Los timplaos*, *El tirador de palomas*, *El tío Juan*, *Las grandes cortesanas*, *Tolete*, *La puñalada*, *El alma del pueblo* y *Las tres cosas de Jerez.*

Otro poema dramático:

La bendición.

Para publicar:

Teatro escogido. (*La tragedia del beso*, *Las figuras del «Quijote»* y *Severo Torelli.*)

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.

Precio: UNA peseta